

Filosofía en República Dominicana

El primer volumen de filosofía de autor genuinamente dominicano aparece editado en Santo Domingo en la imprenta de la Capitanía General, el año de 1814. Es un libro precoz. La imprenta no tenía aún una década de haber sido introducida al país. El primer impreso de que se tiene noticia data de 1808.

Precisamente, el autor de esta obra, Andrés López de Medrano, o López Medrano, nacido en Santiago de los Caballeros hacia 1780, es una figure que se destaca de manera vigorosa y notable por su contribución a la creación de una conciencia nacional, ya dada en las circunstancias materiales que rodean a ese periodo.

La obra de López Medrano, "Introducción a la Lógica" o "Elementos de Filosofía Moderna destinadas al uso de la juventud dominicana" fue escrita para satisfacer las necesidades de la cátedra de su asignatura en la Universidad. Su carácter académico la circunscribía a los círculos minoritarios de los estudiantes que seguían los cursos. Sin embargo, esta obra debe considerarse como una contribución sumamente importante y sólida a la creación del espíritu nacional, que debía encontrar en ella un firme soporte conceptual y teórico.

López Medrano fue uno de los primeros rectores de la Universidad. El primero había sido el Lic. José Núñez de Cáceres y más tarde lo había sido también el Dr. Correa y Cidrón. Todos estos personajes poseían una sólida formación intelectual. Otros intelectuales se reunían en una tertulia que se hizo famosa en casa de Núñez de Cáceres donde las discusiones versaban, no solamente en torno a los destellos del pensamiento de Europa y de América que llegaban al país, sino precisamente en torno a la creación de una nación dominicana en esa colonia entonces española. López Medrano iba a ser con Núñez de Cáceres, el más conspicuo animador y uno de los más profundos de ese inquietante momento histórico.

En las conversaciones que tenían lugar en la tertulia de Núñez de Cáceres, parece haber tenido un cálido ambiente el conjunto de ideas que el rebelde siglo XVIII derramaba en sierras americanas, a través del pensamiento de Rousseau. Era un conjunto de pensamientos que se orientaban a la creación de un mundo nuevo. Y, así como ellas habían desembocado en la Revolución Francesa en Europa, habían servido también de germen teórico de la Independencia de América.

López Medrano llevó al piano de la discusión académica, naturalmente anegada en las tradiciones metafísicas imperantes en la época, la problemática del conocimiento sensorial, imponiendo consciente o inconscientemente, más lo primero que lo segundo, la tendencia a dirigir la mirada a la realidad circundante y apartándola en al-tuna medida de la vida eterna.

La Independencia Efímera, así calificada porque no duró más que siete semanas, se hundió en la anexión de la colonia antes española a la vecina República de Haití. Este acontecimiento constituyó una frustración histórica de profundas consecuencias. La tarea de concebir una nación, a partir de un conjunto de planteamientos teóricos que le sirvieran de raíz conceptual, fue desplazada del campo de la filosofía. López Medrano como Núñez de Cáceres y otros intelectuales, abandonaron el país. Otros, como Correa y Cidrón, se adaptaron a las circunstancias. El proceso quedó a la deriva, dependiendo del juego inexorable de la vida histórica. Y, como consecuencia de ello, desapareció el marco apropiado a la especulación filosófica orientada a forjar o a comprender la realidad nacional. Es natural que la actividad filosófica se refugiara entonces en el diletantismo y cayera en manos de aquellos intelectuales que, por encontrarse sumidos en las corrientes de la inteligencia prevalecientes en el mundo, fueron inevitablemente arrastrados a participar en el juego asentista de las ideas. Hasta la primera década del presente siglo, después de un desvanecimiento de todo un siglo, no encontramos figure alguna cuyo trabajo en el campo a que nos referimos, merezca atención. Entonces aparece Federico García Godoy (1857–1924). Pero aún en este caso se advierte cierto desdén de la filosofía por incidir en la problemática histórica. Y es curioso. García Godoy era un hombre profundamente preocupado por los

destinos de su país y su pluma estuvo siempre consagrada a estas preocupaciones. Fue en la novela histórica donde se canalizaron sus ideales patrióticos, legándonos un tríptico de muy acendrados valores nacionales y democráticos. Entre sus obras filosóficas se cuentan "Horas de estudio" y "La religión de la humanidad", ambas publicadas en 1910. Son obras, ambas, de exégesis filosófica, como su estudio inédito "El Bergsonismo", o de incursión en la literatura filosófica, sin aspirar a una concepción general de la realidad particular de su país.

En Arístides Fiallo Cabral (1876–1921) encontramos una concepción del universo. Fiallo Cabral era un espíritu profundamente inquieto que desplegó su inteligencia en los más variados campos. Era médico ilustre y al mismo tiempo cosmógrafo, jurista, literato, pedagogo y filósofo. Sus obras merecieron atención por parte de algunos notables de Europa, principalmente su "Doctrina Biocósmica de la Gravitación Universal y de la Generación de los Mundos" (Santo Domingo, 1915), que hoy no despierta más interés que el bibliográfico.

Francisco Eugenio Moscoso Puello (1885–1959), nos ofrece un fenómeno similar al de Fiallo Cabral. También es médico ilustre, maestro de médicos, conferencista, novelista de no mediano rango, conocedor de leyes y de historia nacional e inclusive hombre de preocupaciones democráticas. Su actividad filosófica es preocupación juvenil que culmina en 1907 con dos obras, "La Forma Específica y Discurso del Cinematicismo", publicada en el país.

Otro hombre que viene a encarnar la preocupación filosófica en nuestro país es Andrés Avelino (1899-1974). Avelino es, como sus predecesores, un espíritu profundamente inquieto y vivaz. Comenzó a figurar en el campo de la literatura como poeta adscrito al Postumismo, que señoreaba Moreno Jiménez. Después de una estancia más o menos entusiasta y feliz en el campo de la poesía, consagró sus entusiasmos vitales a la matemática superior, que profesó como catedrático en la Universidad, y de allí hizo un rápido tránsito al campo de la filosofía, escribiendo numerosas obras, escritas con gran soltura literaria. "Metafísica categorial" (1940); "Prolegómenos a la única metafísica posible" (1941); "Esencia y existencia del ser y de la nada" (1942); "Une lettre a Maritain" (1944); "El problema antinómico de la fundamentación de una lógica pura" (1951); "Los problemas antinómicos de la esencia de lo ético" (1971), y otras, son sus obras.

Avelino es el filósofo más consistente y ambicioso que encontramos en toda la literatura filosófica dominicana, tanto por la dedicación al trabajo como por la severidad de sus temas y por el volumen de su obra. Sin embargo, Avelino tuvo que afrontar el peso de sus anhelos especulativos en el área de la situación política más lúgubre y severa de nuestra historia. Es el filósofo de la época más hostil a aquella tradición que se inauguraba con los pensadores que en los alrededores de 1820, consagraban sus facultades al ideal de una nación que entonces pugnaban por modelar con su pensamiento.

Algunos nombres podrían añadirse como el de Juan Francisco Sánchez, pero en rigor este profesor universitario se limitó a una labor de exégesis filosófica sin aspirar a construir un sistema o a integrar el trabajo filosófico, lo cual habría podido acarrearle graves consecuencias a la realidad nacional. Se puede incluir también, el de Pedro Troncoso Sánchez que es tal vez el único intelectual moderno de nuestro país que ha intentado ligar la especulación filosófica a la búsqueda de la realidad nacional. Ha preferido la vía del ensayo al que logra insuflarle cierta gracia, siempre inclinada a seguir las veredas nativas. "Nuestra cultura jurídica y la filosofía del derecho" (1950); "Espiritualidad y cultura del pueblo dominicano" (1956); "El bien común, fin del Estado" (1956), son algunos de sus títulos. Seguramente en Troncoso Sánchez han operado los mismos factores inhibitorios y frustratorios que la dictadura infligió sobre toda la intelectualidad dominicana y tal vez debido a ello sus mejores contribuciones filosóficas se manifiestan en el estudio de nuestro pasado. Sólo en los últimos tiempos, una vez pasadas las sombras de la tiranía, su pensamiento se ha inclinado a la contemplación de la problemática nacional, pero sus antiguas aficiones filosóficas han palidecido y prefiere su pensamiento seguir otros rumbos en su vocación ensayística. Lo demás es el marxismo. La discusión filosófica en nuestro país gira mayormente en torno a las controversias que disparan las concepciones del materialismo dialéctico. Sin embargo, la producción estrictamente filosófica no es copiosa. Es más bien rala y se consagra mayormente al campo de la historiografía. Un nombre que habría que mencionar porque se inscribe en la literatura con una obra ambiciosa es Juan Isidro Jiménez Grullón, quien miche armas con Ortega y Gasset en su "Al margen de Ortega y Gasset" (La Habana, 1957). Pero más que una obra de filosofía es una

obra de crítica filosófica y de controversia a la luz de sus concepciones marxistas. Una obra menos controversial y más constructiva es 'La Filosofía de José Martí)' (La Habana, 1959). También Jiménez Grullón era médico pero es sobre todo un político.

En general la filosofía "pura" se encuentra en nuestro país en completo estado de decadencia. Las razones actuales no son las mismas que en el pasado. En realidad esta decadencia de la filosofía nacional es un reflejo de la decadencia que la filosofía, en su sentido clásico experimenta en todo el mundo. Y si aquí hay factores coadyuvantes, y el estado de subdesarrollo crónico y de dependencia política son los más acentuados, el fenómeno que se aprecia es de naturaleza ecuménica. Y es claro que en pequeños países como el nuestro se sienta esta realidad de manera más notoria y terminante.